

Aún era más insuficiente el personal que el material. En Estrasburgo, Landau, Metz, Coblenza, Colonia, Wesel, no había más que algunas compañías de guardias nacionales levantadas á toda prisa por los prefectos, y que apenas sabían disparar los fusiles. Sólo Maguncia, vasto depósito de reclutas que no hubo tiempo de enviar á campaña, de merodeadores sucesivamente llegados, de enfermos, de heridos trasladados según se pudo, centro en fin de reunión para nuestros restos de toda especie, contenía medios de defensa. Pero se necesitaba de un ejército en esta plaza, y aunque pertenecían al grande cuantos iban entrando, apenas se contarían cuarenta mil hombres en estado de pelea. Ocho mil hombres sumaban á la vuelta de las hostilidades las divisiones de la joven guardia, que se habían portado bizarramente; tres mil tenían aún después de Leipsick, y ahora se hallaban reducidas unas á mil y otras á mil cien soldados. En idéntica proporción se encontraban disminuídos todos los cuerpos.

Queriendo Napoleón reservar en Maguncia lo mejor que había traído, dejó allí á las órdenes del general Bertrand el cuerpo 4.º, destinado á formar la vanguardia del ejército que pensaba reunir para la campaña venidera. Además de la división de Morand siempre suya, constaba de la de Guillemot recientemente agregada, y de las divisiones de Durutte y de Semelé, únicas reliquias de los cuerpos 7.º y 16.º, según se ha dicho. Aun después de algunos días de descanso no presentaban estas cuatro divisiones quince mil soldados. Napoleón ordenó que con los desbandados, á quienes se detenía al paso del Rhin, fuesen reorganizadas sin demora. Dedicada fué la caballería de la guardia á recoger estos hombres á muchas leguas más arriba y más abajo de Maguncia. Pero los vestuarios, los zapatos, los fusiles, los víveres que les eran distribuídos, no alcanzaban á contrarrestar la influencia de las malas costumbres contraídas, y aunque la mayor parte de ellos se portaron á maravilla algunas semanas antes, ya era dudoso que se les pudiera hacer figurar como buenos soldados. A lo interior desertaban tan luego como se les quitaba ojo. Excelentes proseguían los cuadros, y según todas las muestras, más fácil sería crear soldados con reclutas procedentes de sus hogares, que con hombres á quienes se acababa de exponer harto pronto, y muy de improviso, y sin el estímulo de la victoria, á las más crueles extremidades de la guerra.

Con todo, al cabo de algunos días elevóse á más de veinte mil hombres este cuerpo 4.º, última representación del ejército que en Lutze, Dresde y Leipsick había lidiado. Se le agregó á Lefebvre Desnoettes con la caballería ligera de la guardia y con los dragones veteranos del 5.º cuerpo, componiendo en totalidad de tres á cuatro mil jinetes. Dotósele con una buena artillería. A los tres mariscales Marmont, Víctor y Macdonald se confió la custodia del río. Encargado fué el mariscal Marmont de guardar desde Landau hasta Coblenza con las reliquias de los cuerpos 3.º, 5.º y 6.º de infantería y el 5.º de caballería. A sus órdenes debía tener al general Bertrand y á Maguncia, procediendo á la recomposición de las tropas comprendidas en el territorio de su mando. Situada fué la joven guardia un poco detrás de Maguncia para reorganizarse bajo la vigilancia del mariscal Mortier, y con la caballería de la guardia

se hizo lo propio. A Colonia fué enviado el mariscal Macdonald con el cuerpo 11.º, que había de recomponer igualmente. Se le dió el 2.º cuerpo de caballería para velar en custodia del Rhin é impedir que lo cruzaran los cosacos. Todos los polacos que aún quedaban, de infantería ó caballería, fueron enviados á Sedán, antiguo depósito de estas tropas aliadas, á recibir allí una organización nueva. Establecido fué el mariscal Víctor en Estrasburgo con el 2.º cuerpo, que bajo sus órdenes había hecho la campaña de 1812 y cubiértose en ella de gloria. Con éstos debían guardar la frontera del imperio los tres mariscales. Los gendarmes y los aduaneros, vueltos de todos los países que habíamos ocupado, detenían en las márgenes del Rhin á todos los hombres rezagados que iban llegando, y procuraban hacerlos ingresar nuevamente en sus cuerpos. Gracias á este recurso, cuyo valor ya se ha puntualizado, se esperaba completar las tropas acantonadas sobre la frontera. Por desdicha, además de sus malas disposiciones morales, recientemente habían sido atacadas de un contagio físico espantoso. A nuestro paso por dondequiera, y ya hasta junto á las márgenes del Rhin, se había propagado la calentura hospitalaria, nacida en nuestros vastos depósitos del Elba, y originada por el hacinamiento de hombres, el cansancio, el mal alimento, las continuas lluvias de los dos últimos meses y las tristes pasiones que afligían á nuestros heridos y á nuestros enfermos. De cuantas plagas nos cayeron encima, no se contaba otra más tremenda. De penetrar acababa en Maguncia y de hacer allí notables destrozos, anunciándolos aún más terribles. Desde este punto cundió á lo largo del Rhin por la parte de arriba y la de abajo. De esta suerte parecía que ninguna calamidad nos perdonaba por entonces.

Después de atender Napoleón á lo más urgente, mediante la permanencia de una semana en Maguncia, salió con dirección á París el día 7 de noviembre, para trasladarse al centro del gobierno de que era motor indispensable, y preparar los medios de una nueva y postrera campaña. Mientras se ocupaba en hacer esfuerzos inauditos por sacar de la Francia agotada los recursos que aún tenía, y por atajar sobre la frontera del Rhin á enemigos, á quienes una larga opresión había hecho implacables del Rhin al Vístula, entre veteranos y reclutas, y actualmente asediados ó bloqueados por las legiones de la Europa coligada, le quedaban soldados para formar uno de los mejores ejércitos que había reunido nunca. Tres mil hombres le quedaban en Modlin, igual número en Zamosc, veintiocho mil en Dantzick, ocho mil en Glogau, cuatro mil en Custrin, doce mil en Stettin, treinta mil en Dresde, veintiséis mil en Torgau, tres mil en Wittemberg, veinticinco mil en Magdeburgo, cuarenta mil en Hamburgo, seis mil en Erfurt y dos mil en Wurzburg, lo cual sumaba una fuerza total de ciento noventa mil hombres útiles para el servicio casi todos, no habiendo sido incluso en este cálculo ni los heridos ni los enfermos, agueridos ó instruídos todos, mandados por excelentes oficiales y conteniendo especialmente incomparables soldados de artillería y de ingenieros.

Nunca había militado más hermoso ejército bajo la bandera de Francia, si por milagro se pudiesen reunir sus desparramadas reliquias, y recuperar el conjunto,

que les hizo perder su aislamiento en puestos distantes. Según hemos visto, Napoleón alimentó la esperanza de volverse á hallar junto al Óder y al Vístula de resultas de una sola batalla, y quiso conservar sus fortalezas, de modo de tornarse á situar de pronto en su posición antigua. Por este motivo destinó á las plazas fuertes del Óder y del Vístula unos sesenta mil hombres. Durante el armisticio pudo allegarlos todos, y reforzar su línea del Elba; pero, seducido por la esperanza propia, insistió en igual falta, y la acababa de agravar por extremo, abandonando el Elba, sin retirar sus guarniciones. Así fueron sacrificados estos ciento noventa mil hombres tan preciosos y muy bastantes para formar la próxima primavera el fondo de un soberbio ejército de cuatrocientos mil soldados. Verdad es que entre estos ciento noventa mil hombres se contaban treinta mil extranjeros, impacientes por retornar á sus hogares desde que sus soberanos rompieron con Francia; pero, si figuraban entre ellos veinte mil alemanes ó ilirios, con los cuales no se podía contar de ningún modo, también había diez mil polacos, ya tan valerosos y siempre tan leales como los soldados de nuestro ejército antiguo. Siempre resultaba la pérdida segura de ciento setenta mil hombres, debida á una ciega confianza en la victoria y á la funesta pasión de restablecer en una jornada una grandeza destruída por muchos años de faltas irreparables.

Dicho dejamos que un milagro podía restituir aquellas tropas á Francia. Con efecto, si un hombre de intrepidez y de osadía, y sobre todo de fortuna, hallándose á la cabeza de una de las guarniciones, saliese de la plaza ocupada, forzando el bloqueo establecido en torno de sus muros, se fuera á unir á la guarnición más inmediata, y yendo de esta manera de una á otra, juntara toda una hueste, atendidas las pocas fuerzas dejadas por los coligados á sus espaldas, lo probable era que pudiese llegar al Elba y al Rhin, y retornar al frente de una gran fuerza á Francia. ¿Pero en cuál de las plazas bloqueadas se podía consumir tal milagro? No de seguro en las más distantes. Por ejemplo, las guarniciones de Modlin y de Zamosc, compuestas de lituanos y de polacos, poco inclinados á salir de su territorio, se hallaban á mucha distancia una de otra, y eran harto escasas para ensayar atrevidas concentraciones. Sin duda pudiera hallar escape, arrollando á los que intentasen cerrarle el paso, la guarnición de Dantzick, compuesta aún de más de veinte mil hombres, á pesar de las enfermedades traídas de Rusia; pero fuera acosada de muerte por fuerzas muy superiores, y quizá destruída antes de llegar al Óder, donde á la verdad la aguardaban nueve mil franceses ó aliados en Stettin y cuatro mil en Custrin, si allí se presentaba ya en salvo. Además de la dificultad procedente de las distancias, de las mismas instrucciones de Napoleón se originaba otra. Al general Rapp había ordenado que no entregara á Dantzick sino en virtud de orden firmada de su puño, y que se hiciera matar más bien que rendirse, y privado este jefe de noticias, no debiendo dar asenso á las del contrario, se hallaba en la imposibilidad de conocer la situación á punto fijo, para considerarse autorizado á alterar instrucciones tan terminantes y tan formales como las que Napoleón le había dado. Aunque más próximas al Elba las tres guarniciones del Óder, esto es,

las de Stettin, Custrin y Glogau, todavía distaban mucho unas de otras, y eran de escaso bulto, y estaban muy vigiladas, para que intentasen reuniones de fuerzas que les permitieran volver al Rhin con algunas probabilidades de buen éxito.

En aptitud se hallaban de tomar la iniciativa y de restituir á Francia no menos de cien mil hombres, con jefes tan ilustres como Saint-Cyr y Davout, las guarniciones del Elba, esto es, las de Hamburgo, Magdeburgo, Wittemberg, Torgau y Dresde, que formaban reuniones de veinte á treinta mil hombres y estaban cerca unas de otras, y para tornar á Francia sólo tenían que cruzar la Westfalia á la sazón libre de la presencia del enemigo. Entre estas plazas fuertes del Elba se contaban evidentemente las dos extremas de Dresde y Hamburgo, con mariscales á su cabeza y más de treinta mil hombres cada una, que pudieran probar á hacer una concentración repentina; y por último, de la guarnición de la capital de Sajonia se debía esperar esta operación con más fundamento.

Para que un caudillo, á la cabeza de una fuerza de monta y encargado de un punto importante, se decidiera á evacuarlo espontáneamente, con ánimo de tomar la vuelta del Rhin, se requería que las ideas á que se le había acostumbrado le autorizaran á seguir tal conducta. No se hallaba el mariscal Davout en este caso. Sabía que Hamburgo era la causa principal de la ruptura de las negociaciones de Praga; que Napoleón tenía empeño en mantenerla hasta el punto de haber arrostrado una guerra mortal por no renunciarla; que Hamburgo era el apoyo de las guarniciones del Óder y de Dantzick, el baluarte de Westfalia y de Holanda, el punto de enlace con Dinamarca; y que de consiguiente su abandono constituía una resolución capital, y perteneciente no más que al mismo jefe del Estado. He aquí un conjunto de consideraciones nada adecuadas á inspirarle el pensamiento de evacuar á Hamburgo, á menos de una necesidad apremiante. Pero se agregaban otras razones decisivas para apartarle de tal idea. En Hamburgo poseía todos los medios de sostenerse, como lo probó antes de mucho; y así no tenía ninguna obligación inmediata de cambiar de posición. Además, suponiendo que se le alcanzara la necesidad de tomar la vuelta de Francia á la cabeza de las guarniciones dejadas fuera, no podía cargar con la responsabilidad de subir el Elba hasta Torgau y Dresde, pues de este modo se metiera en un callejón sin salida, no siéndole posible la retirada, como que se hallaba la coalición toda entre Dresde y Maguncia. Por tanto, aun concibiendo la idea de una concentración espontánea, debía esperar á pie firme á que le fuesen á buscar las guarniciones de Dresde, de Torgau, de Magdeburgo, y entonces por Westfalia y Wesel tornara á Francia á la cabeza de cien mil hombres. Así, aparte de que el orden de ideas en que se había mantenido no le debiera inspirar la evacuación de Hamburgo, tampoco se presentaba como practicable la concentración del bajo al alto Elba, sino del alto al bajo.

Estas sencillas reflexiones demuestran que en la capital de Sajonia debiera nacer la resolución de juntar las guarniciones vecinas, y de componer una fuerza cada vez más creciente para tomar la vuelta de Francia. A la verdad todo debía inducir á tal conducta al mariscal

Saint-Cyr, caudillo en Dresde, ora atendiera á las ideas anteriores que llenaron su mente, ora á la urgencia de la situación, ora á los recursos que tenía á mano. Ante todo no era plaza la capital de Sajonia donde pudiera mantenerse, sino un puesto militar para conservarlo algunos días tan sólo, puesto que Napoleón no había pensado guardarla más que muy transitoriamente, y cuya evacuación casi había ordenado sin prescribirla de una manera terminante, al decir en sus instrucciones que, si circunstancias imprevistas impedían al mariscal Saint-Cyr permanecer en Dresde, se debía retirar á Torgau. Así el pensamiento natural, y que era imposible que no se ocurriera, se reducía á evacuar la capital de Sajonia al saber que Napoleón se había retirado sobre el Rhin con su hueste. Además esta plaza indefendible por más de ocho días, ya después de la partida del grande ejército no tenía importancia alguna, no cubría nada, se quedaba simplemente al aire, y no contenía el menor recurso en materia de comestibles. De consiguiente urgía abrazar un partido respecto de Dresde, y no pudiendo tornar á Francia por medio de la Sajonia, pues se necesitara arrollar á los ejércitos coligados, con evidencia resaltaba que á Torgau convenía replegarse. Para llegar allí sólo había dos jornadas, y se encontraban veintiséis mil hombres, diez y ocho mil de ellos franceses y útiles para el servicio, juntándose así cuarenta y ocho mil soldados, fuerza muy superior á cuanto reunía la coalición á las márgenes del Elba. Al paso se recogieran en Vittenberg tres mil hombres, y á los dos días se lograra otro refuerzo de diez y ocho á veinte mil útiles para el servicio en Magdeburgo. Por tanto se formara en seguida un ejército de sesenta mil combatientes, ejército que podía estar seguro de no encontrar en tres semanas hasta las orillas del mar quien se le igualase. En Hamburgo acabara por reunir ciento diez mil excelentes soldados. ¿Y entonces, quién podría estorbar que ganaran el Rhin estos valientes?

Claro es, pues, que si de alguna parte debía partir el primer impulso para operar concentraciones espontáneas, había de ser de Dresde y del mariscal que ejercía allí el mando. Fuerza es añadir que en el mariscal Saint-Cyr no cabía la excusa muy efectiva entonces y alegada á menudo, de la falta de independencia y de espontaneidad de los lugartenientes de Napoleón, acostumbrados á obedecer siempre y á no mandar nunca. Independiente este caudillo por fuerza de espíritu y por indocilidad de carácter, no admirando á nadie, ni á Napoleón siquiera, criticando cuantas instrucciones recibía, no se hallaba en el caso que otros de explicar su falta de resolución por la sumisión puntual á órdenes superiores, y órdenes que por otra parte, después de la retirada del ejército, sonaban más bien en el sentido de la evacuación que de la conservación de la capital de Sajonia. De consiguiente si los ciento setenta mil franceses dejados por una deplorable falta de Napoleón sobre el Vístula, el Óder y el Elba, tenían alguna eventualidad de verse en salvo, en número de cien mil á lo menos, sólo á una determinación espontánea del mariscal Saint-Cyr podían ser acreedores de tal ventaja. No tomó resolución tan importante, y los mismos hechos van á revelar si se halla suficientemente justificado de no tomarla.

Apenas se trasladó Napoleón de Dresde á Duben, se

ejecutaron en torno de la ciudad movimientos incesantes de tropas, apareciendo evidentemente que se transfería á otro punto el interés de los coligados, pues no habían dejado delante de la capital de Sajonia más que algunas fuerzas insignificantes, sobre las que era fácil el triunfo para acometer alguna saludable empresa. En el mismo instante de la batalla de Leipsick, cuando Bubna, Colloredo y Benningsen levantaron el campo á fin de juntarse al grande ejército del príncipe de Schwartzberg, notóse su desaparición al punto, y un general tan afortunadamente atrevido como lo fué Richepanse en Hohenlinden, quizá probará á seguir á este cuerpo de tropas, y si apareciera el día 18 sobre sus espaldas, de seguro cambiara inmensamente nuestro destino. Verdad es que esta resolución se resintiera de temeraria hasta lo sumo y fuera difícil de conciliar con las instrucciones de Napoleón de guardar á Dresde, instrucciones dadas al concebir el gran proyecto de marchar detrás de Bernadotte y de Blücher sobre la capital de Prusia, para revolver por Dresde sobre las espaldas del ejército de Bohemia. No hay, pues, fundamento para dirigir al mariscal Saint-Cyr un cargo por no tomarla. Harto pronto supo la desaparición de las principales fuerzas acantonadas delante de Dresde, y proporcionóse la satisfacción muy legítima y muy laudable de hacer sufrir un descalabro al débil cuerpo de bloqueo, allí dejado; pero se atuvo á esto. Algunos días más tarde, no sabiendo nada, no viendo llegar á nadie, comenzó á experimentar zozobras, que cundieron en torno suyo, pues todos se preguntaban qué había sido del grande ejército de los franceses. Permanecer metido en aquel encierro, donde no había comestibles ni municiones sino en porción escasa, en medio de una población tranquila, si bien poco benévola y sirviendo de mucha carga; permanecer en tan mal paso repugnaba á todos, y á cada instante surgía la idea de irse, pues estaba al común alcance que ya nada había que hacer en Dresde más que exhalar el último aliento. Hallándose en todas las cabezas el pensamiento de retirarse, convocó el mariscal Saint-Cyr un consejo de guerra, compuesto del conde de Lobau, del general Durosnel, del general Mathieu Dumás y de algunos otros. Con su habitual sagacidad dijo el conde de Lobau que no había que intentar más que una cosa, y era emprender la retirada sobre Torgau, donde se encontrarían una guarnición numerosa y víveres, y abierto en todo caso el camino de Magdeburgo.

Espantados quedaron los demás generales de la responsabilidad que se echarían encima al pronunciarse en retirada y dijeron que aún no había llegado la hora de creerse abandonados y de abrazar de resultas una resolución extrema. A la verdad aún era lícita la duda el día 21 de octubre, no habiéndose efectuado la evacuación de Leipsick sino dos días antes. Sin embargo, muy luego la alegría no disimulada de los sajones, y las comunicaciones del enemigo, interesado en desesperarnos, nos enteraron del desastre de Leipsick y de la retirada forzosa de Napoleón sobre el Rhin. Ya entonces se veía á las claras la urgencia de abrazar un partido, y sin la más leve demora, antes de que estuviesen cerrados todos los caminos. A la sazón conviniera convocar un consejo de guerra y obligar á cada uno á que deliberara en vista del desastre comprobado del grande ejército y de la notoria imposibilidad de recibir socorros.

Adoptando los cálculos más cortos, se podían poner sobre las armas veinticinco mil hombres en cabal estado de servicio, y todo induce á creer que á la hora de la partida se contarán treinta mil con el fusil al hombro. No se tenían delante veinticinco mil soldados, y aun cuando fueran en número doble, como sin duda se hallaban distribuidos á las dos márgenes del Elba, había certidumbre de abrirse paso, rompiendo por un punto cualquiera el extensísimo círculo que se veían obligados á trazar en torno de la plaza. Finalmente, se mostraba segura la perspectiva de morir de hambre y de miseria, sin poderse honrar con una defensa que las fortificaciones de la ciudad no hacían posible, y de ser muertos ó prisioneros cuando las tropas enemigas encaminadas á Leipsick estuviesen de vuelta sobre la capital de Sajonia. Si alguna vez hubo urgencia de decidirse, con evidencia del partido que debía ser abrazado, fué en la presente coyuntura.

El mariscal Saint-Cyr tenía gran talento, en el fuego figuraba como bizarrísimo soldado, además le distinguía una verdadera independencia de carácter, y, sin embargo, á la sazón dió pruebas de que estas dotes relativas no son las que inspiran las grandes resoluciones en determinadas circunstancias. Nada resolvió, nada hizo, y dejó correr el tiempo en sensibillísimas vacilaciones. Le ocurrió la singular idea de enviar un agente secreto al gobernador de Torgau para saber si tendría comestibles que darle en caso de que se replegara sobre esta plaza. Inútil era la pregunta, pues además de que siempre habíamos sacado de Torgau nuestras provisiones de granos, y de que se poseía al excelente general Mathieu Dumás, muy al cabo de todos los recursos con que el ejército contaba por la índole de sus funciones, no se trataba de ir á Torgau para fijar allí la residencia, sino de paso, lo cual variaba mucho. Allí penetró el agente, se le dijo que había comestibles, y que de buen grado los partirían con sus vecinos de Dresde si tenían la buena inspiración de ir á aquel punto; pero no pudo subir el Elba y fué detenido. Así se permaneció sin respuesta y sin determinar cosa alguna, no sólo á fines de octubre, sino á principios de noviembre. Dos semanas habían transcurrido, y estrechándose el cordón de bloqueo de hora en hora, y habiéndose desvanecido toda esperanza de socorro, abrazó por último el mariscal Saint-Cyr un partido, si bien por desgracia un partido medio y el más peligroso de cuantos pudieran ocurrirle. Como no había que intentar más que una cosa, y era la retirada á Torgau, no ideó acometer otra, y resolvió enviar al conde de Lobau con catorce mil hombres en dirección de esta plaza, hacerle bajar el Elba por la orilla derecha y seguirle después con el resto del ejército si lograba penetrar por aquel punto. No se comprende que un hombre, después de acreditar suma sagacidad en la guerra, pensara en tentativa semejante. Si alguna eventualidad había, y no había una sino ciento, de romper la línea de bloqueo, sólo estribaba en marchar todos juntos, sin dejar detrás á nadie. Con efecto, era imposible que embistiendo á esta línea, débil por necesidad á causa de lo extensa, no se lograra verla rota. Para salir de Ciudad Rodrigo el general Brenier el año de 1811, tuvo que correr muy otros peligros, y los superó á pesar de todo.

Sea como quiera, el mariscal Saint-Cyr fió al conde

de Lobau el cuidado de bajar por la orilla derecha á Torgau al frente de catorce mil hombres. Éste hizo la observación muy exacta de que la tal empresa, segura quince días antes con todo el cuerpo de tropas, se hacía dudosa al presente sólo con la mitad de las fuerzas. No obstante obedeció al punto, y salió el 6 de noviembre de la capital de Sajonia. Consigo llevaba un lugarteniente de mérito insigne, el general Bonnet, tan entendido como bizarro. A algunas leguas de Dresde y sobre la orilla derecha se encontraron los primeros puestos enemigos y se les atropelló de golpe. Más lejos hallóse una posición defendida, que de seguro no se podía tomar sin copiosa efusión de sangre, pero que nada presentaba invencible. Además se veía al enemigo debilitarse sobre su frente y reforzarse sobre sus alas para correr detrás de nosotros é interceptarnos el regreso á la capital de Sajonia. Este movimiento probaba á las claras que, con el deseo natural de no permitirnos volver á Dresde, nos iba á abrir el enemigo el camino de Torgau por sí propio. Si todo el ejército se hallara junto, nada mejor se pudiera desear que ver al contrario ejecutar semejante maniobra, puesto que la dificultad no estaba á la espalda, sino al frente. Pero, habiendo quedado la mitad de las fuerzas en la capital de Sajonia, este movimiento venía á ser muy alarmante, y así hubo que darse prisa á desandar camino para no quedar separados de las tropas allí permanentes.

Este resultado era la demostración más palmaria de la falta cometida, falta extraña en uno de los militares más distinguidos de aquella gran época belicosa. Vuelta la columna á Dresde, se tuvo esta falsa marcha por condenación formal de toda empresa sobre Torgau, y como no había que proponer otra, esperóse á que llegara esta situación á su extremidad con honda tristeza. Aunque emprendedor por carácter el general Klenau, enviado delante de Dresde, había resuelto aguardar la rendición voluntaria de los treinta mil hombres metidos dentro de la plaza. Ocho días de paciencia tan sólo bastaban para ahorrarle que vertiera torrentes de sangre. Así contemporizó según se propuso, y se le colmó la satisfacción muy en breve.

Afligidos se hallaban todos los franceses, como que escaseaban los comestibles, y el horroroso contagio propagado del Elba al Rhin hacía estragos. Sumisos los habitantes, bien que exasperados por la prolongación de nuestra permanencia, nos suplicaban que emprendiéramos la retirada, y aunque alemanes, se habían mostrado tan poco hostiles, que eran acreedores á que se les ahorraran padecimientos. Ya no había esperanza alguna, ni aun la de una muerte gloriosa. Se entró, pues, en tratos y capitulóse el 11 de noviembre. No se podía hacer otra cosa, pues ya no había medio de marchar, ni de permanecer, ni de batirse. Por consiguiente, no hay que censurar la capitulación, sino la conducta observada.

Además las condiciones eran á medida del deseo. La guarnición debía deponer las armas y tornar á Francia por jornadas de etapa, con facultad de servir después de canjeada. Así había esperanza de conservar á Francia estos treinta mil soldados, experimentados en una campaña terrible, y con ellos muchos heridos y enfermos, que sin una capitulación se contarán perdidos. Los que la firmaron se podían lisonjear de haber salido

de situación tan desastrosa de una manera no muy nociva para ellos ni para Francia, á la cual estarían en proporción de defender todavía. Sin duda lo de capitular aflige, pero consuela la imposibilidad de obrar de otro modo, y regocija la idea de volver á la patria dentro de pocos días. Se hicieron los preparativos de marcha, y entonces se vió cuántas fuerzas se hubieran juntado hacia el bajo Elba si se emprendiera antes, pues cuando se trató de la partida se presentaron en las filas más de treinta mil hombres.

Empezóse, pues, la marcha aún con más esperanza que tristeza. Pero á poca distancia de Dresde vino una noticia horrorosa á consternar todos los corazones. A vuelta de muchas excusas hizo saber el general Klenau que el emperador Alejandro no sancionaba la capitulación y exigía que la guarnición se constituyese prisionera de guerra, sin permiso de volver á Francia. Esta resolución fué para todos como un rayo y amargo asunto de pesadumbre. Entonces se pudo avalorar la falta cometida al ponerse á merced de un enemigo, honrado sin duda, pero sin fe de resultas de las pasiones. Altiva y enérgicamente reclamó el mariscal Saint-Cyr contra semejante providencia. Se le respondió con ironía cruel que si quería volverse á colocar en la situación en que se hallaba poco antes dentro de Dresde, se le consentiría de buen grado; como si tal vuelta fuera posible en medio de los moradores contentísimos de verse libres de nosotros y poco propicios á recibirnos de nuevo, y con medios de defensa destruidos ó divulgados. Aún puso el mariscal de manifiesto la indignidad de tal conducta, y no se le replicó más que con la misma proposición irrisoria, y hubo necesidad de someterse y de ir á expiar en el cautiverio una carrera de veinte años de gloria.

Sin duda la violación de la capitulación fué un acto indigno, consumado á pesar de todo por gentes honradas, pues hombres de bien eran el emperador de Rusia, el rey de Prusia y el emperador de Austria, á quienes la historia debe tachar por su conducta en este lance. De aquí se saca una lección especialmente para las mismas personas honradas, y es que se deben guardar de las pasiones políticas, pues les pueden conducir mal de su grado á actos abominables. La pasión concebida en aquella época contra Francia se asemeja mucho á las pasiones políticas que sienten respecto de sus adversarios los partidos que dividen á un mismo país y que todo se lo creen permitido unos contra otros. Así, después de una dominación larga, nos habíamos atraído una guerra extranjera, con toda la violencia de las guerras civiles. ¡Tiempo triste, aunque grande!; ¡tiempo triste, tan glorioso como abundante en sinrazones é inhumano!

No habiendo partido el impulso de Dresde, único sitio donde existía una fuerza considerable y un caudillo de graduación elevada, de capacidad reconocida, y puesto por sus anteriores instrucciones en la pendiente de la retirada hacia el bajo Elba, cada una de nuestras guarniciones debía expirar tristemente en su plaza, y acabar miserablemente de hambre, ó de tifus, ó entre el fuego ó en el cautiverio. Muy cerca de Dresde, en Torgau, se hallaban á las órdenes del brillante conde de Narbonne veinte mil hombres por lo menos, incluso el cuartel general que el general Durrieu había allí

conducido. Entre estos veintiséis mil hombres se contaban unos tres mil cuatrocientos sajones, hesseses, wurtembergueses, que murieron ó salieron de aquel punto. Se componía el resto de franceses, pertenecientes muchos de ellos á las tropas especiales agregadas á los grandes parques de artillería y de ingenieros.

De consiguiente existía una fuerza que, unida á la de Dresde, proporcionara de pronto un ejército de cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres, capaz de arrojar cuanto se le pusiera por delante desde Torgau hasta Magdeburgo. Bastante fuerte era la plaza, hallándose situada á la orilla izquierda y protegida por una obra de excelente defensa, llamada el fuerte de Zinna. Inmensas porciones contenía de granos, de bebidas espirituosas y de carnes saladas; y la casualidad de una caída del caballo le proporcionó una de las más útiles adquisiciones, la del general Bernard, ayudante de campo del emperador y uno de los primeros oficiales de ingenieros de aquel tiempo. Repuesto en breve, agregóse al conde de Narbonne con el celo patriótico de que estaba animado, y ambos prometían ilustrarse con una tenaz resistencia. Aprovechándose de los numerosos brazos que poseían y de los recursos pecuniarios que con el cuartel general se habían introducido, hicieron ejecutar grandes trabajos, y la plaza estaba en disposición de defenderse briosamente. Pero metióse en ella un enemigo formidable, el tifus, que hacía víctimas numerosas, habiéndose llevado ya mil doscientos infelices soldados en septiembre, y cuatro mil novecientos en octubre. Así los sitiadores no tenían más que dejar que obrara la plaga, muy bastante por sí á abrirles las puertas de la plaza en breve.

Hasta entonces limitóse, pues, el enemigo á un bombardeo que causaba grandes destrozos entre los moradores y muy pocos en nuestros soldados. Sólo sí había acontecido que, cayendo las bombas sobre los carros que conducían los muertos al cementerio, y huyendo los sepultureros sin querer ejercitar su oficio, se llenaron los hospitales de cadáveres que no podían ser sepultados y que exhalaban un hedor horroroso á no petrificarlos el hielo. A todas las circunstancias, cuyo lúgubre cuadro se ve obligada á trazar nuestra pluma, se vino á añadir la más triste. Habiéndose hecho el conde de Narbonne una ligera contusión en la cabeza al caer del caballo, una herida insignificante se le transformó en ataque de tifus, y murió con gran pesadumbre de la guarnición y de cuantos le habían conocido. Así acabó este hombre tan interesante que, juntando á la agudeza de la aristocracia francesa del siglo XVIII los conocimientos positivos de un administrador ilustrado, la sagacidad de un diplomático y los nobles sentimientos de un gran señor liberal, para desgracia suya se había adherido al imperio por admiración hacia su jefe, cuando sólo había que asistir á las inconveniencias de nuestra diplomacia y á los desastres de nuestras tropas. Al conde de Narbonne había reemplazado el general Dutaillys en el mando de Torgau, y se portaba allí bizarramente. Por lo demás sólo le tocaba ser testigo de la larga agonía de una guarnición que había igualado casi á un ejército entero.

En Wittemberg el general Lapoype, quien nada más que con tres mil hombres había defendido con denuedo y durante la campaña de la primavera la plaza con-

tra la primera aparición de los coligados, ya comenzada la campaña del otoño, se había apoderado del espíritu de su guarnición escasa, y preparóla á una briosa resistencia contra los sitiadores del campo de Tauenzien. No podía ejercer influencia sobre los sucesos con su perseverancia, pero sí esclarecer su renombre. Lo había hecho, y dispuesto se hallaba á continuar por el mismo rumbo. Víveres tenía bastantes, y no habiendo acogido, al modo que la plaza de Torgau, los restos de ejércitos batidos, contaba enfermos en número escaso; grande era el de los extranjeros. Los contenía con su energía, y parecía dispuesto á sostener un largo sitio.

El general Lemarois, ayudante de campo del emperador, investido con toda su confianza y acreedor á ella, recibió el gobierno de Magdeburgo. Ninguna razón le podía autorizar á que evacuara espontáneamente una fortaleza tan importante, tan capaz de resistencia, y dominando hacia la mitad el curso del Elba y el centro de Alemania. Sólo le pudiera arrastrar á salir de allí el interés de una grande concentración en que no le tocaba tomar la iniciativa, y de la cual nadie llegaba desgraciadamente á proporcionarle la coyuntura. Por tanto se hallaba exento de cavilar sobre la cuestión grave de la evacuación, y encerróse tranquilamente en su fortaleza, donde con víveres abundantes, con una guarnición numerosa, con pujantes muros, con pocos enfermos, á causa de permanecer lejos de la mortandad pestilencial de Sajonia, por largo tiempo le era dado hacer cara á los ejércitos de los coligados y lograr el doloroso honor de sobrevivir á la misma Francia.

En Hamburgo se hallaba el intrépido é imperturbable Davout, á quien Napoleón, por disgustos referentes á la campaña de Rusia y también por estimación á su carácter inflexible, había situado en una posición distante, con gran detrimento de las operaciones de esta guerra, pues se había privado así del único de sus generales á quien pudiera fiar cien mil hombres, después de la muerte de Lannes y de la desgracia de Massena. Habiendo partido el mariscal al frente de treinta y dos mil soldados de Hamburgo para iniciar un movimiento sobre la capital de Prusia, que las batallas del Gross-Beeren y de Dennewitz hicieron imposible, tornó al mismo punto al saber las desventuras de Sajonia, muy resuelto á sostener con sus treinta mil hombres, y con otros diez mil dejados en custodia de las obras de la plaza, un largo sitio, que fué más bien una verdadera campaña defensiva, y de naturaleza propia á cubrir la baja Alemania, la Holanda y el Rhin inferior. También Davout, separado del emperador y de Francia, impasible en medio de todos los desastres, previéndolos sin zozobra, se proponía figurar como el último de los hombres de guerra de aquel reinado que entregara á la coalición su espada.

Sobre el Óder las plazas de Stettin, de Custrin, de Glogau se sustentaban todavía, si bien sólo por el honor de las armas. Stettin tenía por gobernador al general Grandeau, reemplazado algún tiempo por el general Dufresne, aquel que hizo tan poco caso de los disparos de fusil hechos contra Bernadotte durante el armisticio. Tenía víveres, doce mil hombres de guarnición, tres mil de ellos tullidos en Rusia y nueve mil útiles para el servicio. Su autoridad se extendía sobre Stettin y la plaza de Damm, que dominaba las vastas lagunas de-

pendientes del Grosse-Haff. El general Ravier sustentaba á Damm, y lo hacía con gran denuedo. Además del ejército prusiano, tenía que habérselas con las escuadrillas inglesas procedentes del Óder. Admirable había sido el vigor de la defensa, reduciéndose á los sitiadores á rodear las dos plazas con unos veinte reductos, dentro de los cuales parecían más bien atentos á guardarse contra los sitiados que á acometerlos. Dejaban á las escuadrillas inglesas el cuidado de bombardear á la guarnición, que, no experimentando gran zozobra de resultas, se sonreía en cierto modo de un medio de ataque funesto sólo á los infelices habitantes prusianos. Sin embargo, con esta impasibilidad se podía muy bien resistir al fuego del enemigo, pero no á las angustias del hambre. Acercándose el momento en que iban á faltar los víveres, pues duraba ya el bloqueo cerca de un año, el general Grandeau, de acuerdo con su consejo, entró en parlamentos con el enemigo, á fin de no verse obligado á rendirse á discreción si trataba cuando ya no tuviera ni un pedazo de pan. Se le propuso declarar su guarnición prisionera de guerra, porque la coalición estaba resuelta á no dejar volver á Francia á ninguno de los soldados que pudieran defenderla, objeto en que perseveraba, según se ha visto, por medio de bloqueos no interrumpidos contra las guarniciones que oponían resistencia, y de violaciones de fe contra las guarniciones que ya habían capitulado. El general Ravier, con las tropas de Damm y casi todas las de Stettin, insurreccionóse al saber las condiciones ofrecidas, negándose á obedecer al general Grandeau. Esta guarnición quería mantener flotante hasta el postrer momento la bandera de Francia sobre Alemania. Aún no estaba decidido nada á fines de noviembre.

En Custrin el general Fournier de Albe, contando apenas mil franceses en medio de tres mil suizos, croatas y wurtembergueses, á quienes refrenaba con vigor sumo, se mantenía firme contra todos los esfuerzos del enemigo. Sin embargo de padecer cruelmente la guarnición á causa del escorbuto, no indicaba la más leve disposición á rendirse.

En Glogau el general Laplane, después de sostener por la primavera gloriosamente un asedio, sostenía otro con igual brío. Teniendo ocho mil hombres, víveres y obras bastante bien armadas, hasta el presente había resistido los ataques todos. Pero aquellos valientes de Stettin, de Custrin, de Glogau, sin esperanza de incorporarse á la hueste francesa, ni de que ésta fuese en su ayuda, se defendían para sostener el honor de la bandera. Lo que les acontecía se verificaba en Dantzick aún en mayor grado, si es posible, pues su heroica guarnición bloqueada de continuo desde el mes de enero, no había recibido más que una vez noticias de Francia, y sólo había vivido de su valor y de su industria. Al retirarse á la plaza por el mes de diciembre de 1812 á consecuencia de la retirada de Rusia, el general Rapp, gobernador y defensor de Dantzick, encerróse allí con cerca de treinta y seis mil hombres y algunos miles de enfermos. Esta guarnición, mezcla de tropas de todas clases, y en su mayoría de tropas francesas y polacas, trajo consigo otra plaga distinta de la que devoraba á Torgau y á Maguncia, aun cuando no menos funesta, y era la *fiebre de congelación*, nacida del frío, al par que la fiebre hospitalaria emanaba de la humedad